

y el furor animaban á todos los combatientes. Sucedia muchas veces que el cristiano y el musulman, despues de haber disparado uno contra otro y roto sus picas y espadas, se agarraban mutuamente, y entonces el mas robusto ó el mas ágil y diestro terminaba la pendencia con el puñal.

Pero lo que dió á los sitiados una ventaja prodigiosa, fueron unos aros rodeados de estopas mojadas en calderas de pez y aceite hirviendo, los cuales se arrojaban en medio de las filas que habia debajo de la brecha. Estas máquinas crueles se inflamaban en el aire, y cayendo en tierra enredaban á tres, cuatro y aun á seis turcos, que se abrasaban vivos si tardaban un momento en poder echarse al mar. Los gritos espantosos de estos infelices, su agitacion para desenredarse ó para que les socorriesen los que estaban á su lado, el desórden con que todos huían de ellos, el terror de los genízaros mas determinados, las exhortaciones, las amenazas y los golpes que recibian de sus oficiales, los muertos y los moribundos amontonados por una y otra parte, el funesto resplandor del hierro y del fuego, el estruendo de la artillería y mosquetería, todas estas cosas formaban de un campo de batalla tan reducido el teatro de todos los horrores; pero sin que los caballeros perdiesen una pulgada de terreno, y sin que, á lo menos por mucho tiempo, retrocediese el grueso del ejército turco. En fin, la victoria, premio de la perseverancia, se declaró por los caballeros. Cubiertos de heridas, abrasados con el ardor del sol, y rendidos

con la fatiga de un asalto de seis horas continuas, tuvieron la satisfaccion de oír tocar la retirada por órden de Mustafá, que habia perdido mas de dos mil hombres. La religion perdió por su parte diez y siete caballeros, todos los cuales murieron en la brecha, sin contar los heridos, y mas de trescientos soldados que murieron en el campo de batalla ó quedaron estropeados. Un éxito tan feliz en una plaza tan despreciable, fue efecto de la desesperacion generosa de sus defensores, que, puestos en la precision de morir, no tanto aspiraban á conseguir la victoria, como á vender caras sus vidas.

38. Para reemplazarlos, halló medio el gran maestro de que entrasen en el fuerte ciento y cincuenta hombres, entre oficiales y soldados, los cuales se ofrecieron á encerrarse en una plaza que no podia menos de mirarse ya como un sepulcro, siendo este el último socorro que se pudo introducir en ella. Comprendiendo Mustafá por la maniobra del gran maestro, que duraria el sitio de San Telmo mientras hubiese caballeros en los demás parages de la isla, abandonó todos sus proyectos para atender únicamente á cortar esta comunicacion. El virey de Trípoli, el intrépido Dragut, que por último se habia reunido con él delante de Malta, aprobó su designio y salió de la trinchera para reconocer el terreno; pero al momento fue herido debajo de una oreja con una piedra que se hizo pedazos por haber tocado en ella una bala de cañon del castillo del santo Ángel, y cayó sin sentido, arrojando sangre por oídos, boca y

narices, de cuyas resultas murió dentro de pocos dias. El mismo tiro quitó la vida inmediatamente al sangiac que acompañaba al virey. Sin manifestar Mustafá ninguna conmocion, fue á hacer sus observaciones al mismo parage, y se resolvió, de acuerdo con un ingeniero hábil, á continuar la trinchera hasta la orilla del mar para embestir el fuerte por todos lados, á coronarla de baterías y de mosqueteros, y en fin, á llevar á la embocadura del puerto Musciet ochenta galeras precedidas de una multitud de barcos y bergantines en que fuesen los mejores arcabuceros.

Habiéndose egecutado todo con un trabajo inmenso que no se interrumpió de dia ni de noche, acudió todo el egército al asalto con quanto ardor podia inspirar la esperanza de un triunfo que parecia infalible. Tres veces se vieron obligados los infieles á volver pies atrás, y tres veces renovaron el ataque con un encarnizamiento que costó la vida á muchos cristianos: y si la noche no hubiese puesto fin al combate, se habrian rendido infaliblemente los caballeros al esceso de la fatiga, aun cuando la multitud de los bárbaros no hubiera sido capáz de vencerlos. El corto descanso que lograron con esta interrupcion, solo sirvió para hacerles mas sensible la gran pérdida que habian experimentado. Emplearon la noche en llorar amargamente, en curarse unos á otros, en recoger los últimos suspiros de los moribundos, y en desempeñar con una exactitud religiosa todas las obligaciones hospitalarias.

No tenian ya ninguna esperanza de socorro, ni

mas consuelo que el que recibian de un capuchino magnánimo que se habia sacrificado como ellos por la salud pública, y que no pudiendo ya reunirlos en la capilla, iba á exhortarlos en la misma brecha, espuesto al fuego de la mosquetería, y casi tocando á la punta de las picas. No se apartaban los caballeros del lado de aquel heróico apóstol, y solo pensaban en acabar su vida como buenos cristianos y como verdaderos religiosos. La noche siguiente se prepararon todos á una muerte próxima con la participacion de los sacramentos de la Iglesia. Se despidieron despues para siempre, se abrazaron con cariño, y no teniendo ya que hacer mas que dar sus almas al Criador, fue cada uno á su puesto para morir gloriosamente, ó por mejor decir, para ofrecer la vida en el altar de su sacrificio. Los que por falta de fuerzas ó por las heridas no podian ir al campo de batalla, hacian que los llevasen en sillas al rededor de la brecha, y armados de una espada que apenas podian levantar con las dos manos, esperaban con un valor á que no alcanza la naturaleza que fuesen á su encuentro los enemigos, ya que ellos no podian ir á buscarlos.

Luego que amaneció, se presentaron los bárbaros al asalto, dando gritos de alegría, como que iban á conseguir un triunfo que, en su concepto, no podia disputárseles. Pero no habian llegado aun adonde ellos se figuraban. La proximidad de una muerte voluntaria y comun entre los soldados y los caballeros, habia inspirado á todos ellos igual valor. Se presentaban al enemigo con la misma satisfaccion que si

fuesen á alcanzar una victoria segura. Los que no podian pasar adelante, peleaban desde sus sillas con armas de fuego, y despues de haber consumido todas las municiones, buscaban mas en el repuesto de los que morian á su lado. De este modo se sostuvo un asalto de cuatro horas continuas, que redujo la guarnicion á sesenta hombres, ó por mejor decir á sesenta leones indómitos, que desbarataban y llenaban de terror á millares de musulmanes. Algunos soldados cristianos se habian mantenido encima de un caballero, construido en la parte anterior del fuerte; y atendiendo á la deplorable situacion de los sitiados, fue necesario llamarlos para rechazar el peligro mas urgente. Al ver este movimiento el general turco, mandó en el mismo instante que cesase el asalto, como si se viese precisado á desistir de la empresa; y al punto hizo que se pusiesen algunos genizaros en el caballero, desde donde se podia entrar en los parages mas ocultos del fuerte. Emplearon los cristianos este momento de descanso en bendarse las heridas, no tanto para prolongar la vida como para vender mas cara la poca que les quedaba.

A las once de la mañana volvieron los turcos al asalto. Desde lo mas elevado del caballero elegian, por decirlo así, los genizaros á los que querian matar, sin ningun temor del enemigo, el cual no tenia ya armas para ofender desde lejos. Muy en breve no vieron en la plaza mas que muertos y moribundos, en número de unos seiscientos: lo que pusieron en noticia del resto del ejército, y entonces entraron en

el fuerte todos los infieles. Solo encontraron algunos estropeados, y recogiendo éstos las pocas fuerzas que les quedaban, se abalaron á las primeras filas, y pelearon hasta que cayeron muertos. A escepcion de cinco malteses que fueron á nado hasta entrar en la poblacion, y unos veinte ó veinticinco entre soldados y oficiales, que fueron libertados por los marinos, todos fueron indignamente destrozados, sin perdonar á los heridos que apenas conservaban algun aliento vital. El feróz bajá hacia que se buscase á éstos entre los muertos; se colgaba á los caballeros, atándolos de un pie á la bóveda de la iglesia; se les arrancaba el corazon, se les cortaban las manos, se les hacian anchas incisiones con los alfanges en la espalda y en el pecho, figurando la señal de la cruz; despues de esto los descuartizaban, los clavaban en maderos, y los echaban al mar, cuyo flujo los llevaba á la orilla de la poblacion. Se desesperaba Mustafá al ver el miserable fuerte de San Telmo, comparándole con la pérdida enorme que habia padecido en él. Se asegura que por la parte mas corta perdió ocho mil hombres de sus mejores tropas. La religion perdió mil y doscientos, y entre ellos ciento y diez caballeros. Para enseñar el gran maestro al mahometano á no hacer la guerra como un verdugo, mandó pasar á cuchillo á todos los prisioneros turcos, y por medio del cañon hizo que se arrojasen las cabezas á su campamento. Tambien mandó que en lo sucesivo no se les diese cuartel, no solo por via de represalias, sino mas principalmente para quitar á su tropa toda esperanza de

composicion, y para persuadirla que el único medio de evitar la muerte era conservar la isla.

39. No es de nuestra inspeccion referir por menor los demás sucesos del sitio de Malta, ni todas las proezas de la constancia invencible que opusieron sus defensores al furor obstinado de los infieles. Basta lo que se ha visto para concebir lo que puede el valor fundado en la Religion, la que, bien entendida, será siempre el móvil mas poderoso de las virtudes militares y civiles, y por consiguiente el mas firme apoyo de los estados. Habiendo embestido los turcos á un mismo tiempo la poblacion, el castillo del santo Ángel y de San Miguel, llamado por otro nombre la isla de la Sangle, resistieron los caballeros, acudiendo, bajo las órdenes del gran maestro, adonde era mayor el peligro, á todos los ataques, á todas las sorpresas y á unos asaltos reiterados infinitas veces por todo el egército otomano, á fin de rendir con la fatiga á los que no podian vencer con las armas. Despues de la toma de San Telmo, fue tambien el virey de Argel á reunirse con el bajá, llevándole, entre otros refuerzos, lo que se llamaba los valientes de Argel, que era una tropa de dos mil y quinientos hombres arrestados, los cuales hacian profesion de no conocer ningun peligro.

Pero el valor de los caballeros habia pasado al corazon de todos los malteses. Los marineros, los vecinos de la capital, los aldeanos, los niños y las mugeres, todos servian á su modo, ó por mejor decir, parece que habian mudado de estado y de

naturaleza. Estando para caer en poder del enémigo el espolón del castillo de San Miguel, echaron mano á las hondas unos doscientos muchachos que las manejaban con mucha destreza, y dispararon una nube de piedras contra los turcos. Atendiendo á todo la Vallette, ángel tutelar de Malta, despachó un destacamento que acabó de desbaratar á los bárbaros, y fueron arrojados al foso desde la muralla cuando iban ya á colocarse en ella. Tomando parte las mugeres en los trabajos y peligros de sus padres, hermanos y maridos, les llevaban refrescos y municiones de guerra; arrojaban por sí mismas encima de los musulmanes fuegos artificiales, agua hirviendo y pez derretida, y no conocian otro peligro que el de caer vivas en sus manos impuras. Murieron muchas de ellas á manos de aquellos brutales que se preciaban de tratarlas con la misma inhumanidad que á los hombres. Los cristianos de todas edades, de ambos sexos y de todas condiciones trabajaban infatigablemente de dia y de noche en hacer las zanjas y atrincheramientos que era necesario substituir á cada paso en lugar de los parapetos y murallas arruinadas; y las mas veces en un terreno abrasado, espuestos al fuego de la artillería, entre el tumulto y la gritería de los combatientes y las quejas y gemidos de los heridos de ambos sexos, que espiraban mezclados unos con otros debajo de montones de ruinas sangrientas y de armas destruzadas.

El mismo gran maestro fue peligrosamente herido, y disimuló su herida con gran serenidad todo el tiempo

que duró la acción en que había recibido el golpe. Se creía con razón, que de la conservación de su vida dependía la suerte de la isla y del estado; pero él estaba persuadido de que dependía mucho más del desprecio con que él manifestase que miraba á la muerte. Habiéndole dicho un comendador antiguo, por haberlo oído á un desertor, que había jurado el general turco la muerte de todos los caballeros al filo de la espada, y que había de reservar al gefe para presentarle al Gran Señor: „No le dejaré yo (replicó este grande hombre) que me separe de mis hermanos. Si contra mi esperanza tuviese este sitio un éxito desgraciado, tomara yo el uniforme de un soldado raso, y porque no se viese en Constantinopla un gran maestro cargado de cadenas, me arrojaria con espada en mano en medio de los batallones más apiñados, donde podría hacer que les costase cara esa loca presunción.” Rara vez es vencido un valor de esta naturaleza. Cuantos ataques ha podido inventar el arte funesto de la guerra, todo se puso en práctica: trincheras, plazas de armas, reductos, caballeros, zapas, minas, escaladas, baterías multiplicadas y dirigidas á todos los puntos, asaltos renovados casi todos los días, fuegos artificiales, carcasses y maquinas infernales: pero todo se frustró, no por la fuerza de las murallas ó de la guarnición, sino por el valor de los caballeros, y principalmente de la Valette, que venia á ser el alma universal de aquel pueblo de héroes. Desde la misma enfermería, en la que apenas podían sostenerse los heridos, salían valerosamente en los

momentos de alarma, y á ejemplo de los del fuerte de San Telmo, buscaban la muerte en la brecha por no esperarla en sus camas. Las mugeres se vestían de hombres, se ponían en fila entre los combatientes y peleaban con el mayor denuedo.

40. Por fin llegó el socorro de Sicilia cuando estaba ya Malta casi enteramente libre por sus propias fuerzas. Consistía en seis mil hombres efectivos; pero los bárbaros, que por espacio de cuatro meses habían experimentado tan considerables pérdidas, peleando con un número de caballeros infinitamente menor, creían que en cualquier parte habían de hallar aquellos mismos héroes. Sin informarse del número ni de las circunstancias de los auxiliares, levantaron precipitadamente el sitio, y volvieron á embarcarse, abandonando la artillería gruesa, como también el fuerte de San Telmo, donde el gran maestro puso desde luego nueva guarnición. Destruyó sus obras y cegó sus trincheras, trabajando de día y de noche todos los isleños con un ardor increíble. Pero apenas volvieron á sus naves los generales turcos, cuando se avergonzaron de una precipitación que en nada se diferenciaba de una derrota, y más no teniendo otro motivo que el temor que les causaron algunos millares de sicilianos, fatigados del mar, mandados por gefes que no procedían con la mayor armonía, y que en fin no llegaban á la tercera parte de los otomanos que quedaban todavía en buen estado. Sin embargo, todo fue incertidumbre en sus consejos y operaciones, y aunque es verdad que desembarcaron segunda

vez, estaban ya cegadas sus líneas y atrincheramientos, y era necesario empezar de nuevo el sitio como si nada se hubiese hecho.

Temiendo Mustafá que le culpase el Gran Señor de no haberse atrevido á estar á campo raso delante del enemigo, y le enviase el cordon fatal, se resolvió á vencer ó á morir en el campo del honor. Pero ni aun logró este consuelo, porque consternadas sus tropas se quejaban á voz en grito de que querian volver á llevarlas al matadero, de modo que fue preciso arrancarlas de los navíos á palos, y llevarlas arrastrando al campo de batalla. Apenas hicieron una descarga de mosquetería, cuando huyeron al momento con tal confusion, que por no caer vivo el bajá en manos del vencedor, tuvo que abandonarse al torrente de los fugitivos. Desde la ciudad Notable, en cuyas inmediaciones se empeñó la accion, se les fue persiguiendo hasta la orilla del mar donde tenia el almirante turco unas chalupas en que estaban sus mejores arcabuceros para favorecer la retirada. Los soldados cristianos, como tambien los caballeros que eran sus guias y modelos, no veian otro peligro que el de dejar escapar á aquellos odiosos fugitivos, y los perseguian hasta el mar. Muchos de ellos con el agua hasta los pechos fueron á matar á los turcos á fusilazos á bordo de las galeras, en las cuales habian puesto ya el pie. Se hizo juicio de que en los varios combates y en toda la duracion del sitio perdieron los infieles treinta mil hombres. La pérdida por parte de la religion fue de doscientos y sesenta caballeros,

y de ocho mil soldados entre aldeanos y vecinos de las ciudades. La ciudad, ó lo que llamaban la gran poblacion de Malta, con los fuertes inmediatos, parecian menos una habitacion de vencedores, que unas plazas abandonadas por el enemigo despues del saqueo. Cuando se retiraron los infieles, apenas quedaban en la poblacion y en el fuerte de San Telmo seiscientos hombres en actual servicio, con inclusion de los caballeros, la mayor parte de ellos acribillados de heridas.

Luego que se pudo respirar, y que entrando en la ciudad las tropas auxiliares vieron á los hombres y mugeres pálidos y desfigurados, á los caballeros y al mismo gran maestre con la barba y cabello horriblemente desgreñado, con los vestidos manchados de sangre y polvo, y cayéndose á pedazos, como que hacia ya cuatro meses que no se los habian quitado, y muchos de aquellos héroes privados de una parte de sus miembros y enteramente desfigurados, prorrumpieron en un torrente de lágrimas, no menos de dolor por las calamidades pasadas, que de alegría por un triunfo que apenas podia creerse. Para perpetuar la memoria y verdad de un suceso tan poco verosímil, se dió á la gran poblacion que habia sido su principal teatro el nombre de *Ciudad victoriosa*, y le conserva todavia.

Muy diferente efecto produjeron en Constantinopla estas noticias. No bastó todo el orgullo de Solimán para que disimulase la pesadumbre que le causaron. Tiró al suelo la carta de Mustafá, y

pisándola exclamó, que sus armas profanadas por sus esclavos solo recobrarían en sus manos su gloria y esplendor, y que el año siguiente iría él mismo á Malta y haría que fuesen pasados á cuchillo todos sus habitantes. Al momento mandó aprestar una escuadra proporcionada á sus grandes designios. En poco tiempo quedó lleno el arsenal de Constantinopla de todo género de preparativos navales, y ocupado el astillero con una infinidad de árboles. La Valette, que no era menos hábil en estratagemas políticas, que insigne en proezas militares, y que tuvo noticia de aquel armamento formidable y de su destino, formó el designio y halló medio de prenderle fuego. Se vió, pues, precisado el sultan á diferir para otro tiempo la egecucion de sus venganzas, y en este intervalo, la casualidad, ó por mejor decir, la Providencia, dirigió las armas otomanas á la Hungría, donde Solimán, que tenia entonces setenta y seis años, fue acometido de una calentura maligna, la que le quitó la vida delante de Sigetta.

41. Entretanto el magnánimo gran maestre resolvió reparar con ventaja las pérdidas de la religion, la cual, aun despues de la fuga de sus mas mortales enemigos, parecia hallarse casi en el mismo peligro que durante sus ataques. La gran poblacion, lugar donde residia el gefe y el cuerpo de la orden, como tambien los fuertes de San Telmo y de San Miguel, estaban sin murallas, todas las fortificaciones arruinadas, la artillería desmontada, los cañones reventados, las casas derribadas, las cisternas agotadas, los almacenes

sin víveres ni municiones, ningun dinero para abastecerlos, pocos soldados en las plazas y con muchos menos caballeros, la mayor parte de las aldeas quemadas y los campos sin habitantes. En una palabra, se hallaba la isla tan asolada, que, desesperanzados los mas respetables comendadores de volver á ponerla jamás en estado de defensa, fueron de parecer que se abandonase y se trasladase á Sicilia la residencia de la religion. Pero la Valette, que en los mas crueles apuros no habia querido jamás que se le hablase de ceder un palmo de terreno, resolvió sepultarse en las ruinas de Malta antes que abandonar aquellas ruinas gloriosas en que habian de cogerse todavía nuevos laureles. Todos los Príncipes cristianos aplaudieron su magnanimidad, y procuraron participar de su gloria, contribuyendo liberalmente á la egecucion de sus designios.

Habia observado en todos los ataques que de cuantas fortalezas habia en Malta ninguna estaba mejor situada que el fuerte de San Telmo, donde se habian estrellado todas las fuerzas otomanas: y que si habia cedido, era por ser demasiado pequeño y hallarse construido con poca regularidad. Habia tambien advertido que la gran poblacion adonde se habia creido oportuno trasladar el convento, estaba dominada de rocas y colinas, desde las cuales podia disparar la artillería contra su centro y por toda su estension. Ya hemos visto que el fuerte de San Telmo estaba en una lengua de tierra que corre entre el puerto Musciet y el puerto grande, reservado para los navíos de